

Carta abierta al pueblo de Maranatha

(A la base de un conflicto)

A raíz de la tensa reunión que tuvimos la tarde del domingo¹, he recibido cartas poco agradables de varios hermanos, me he sentido faltado al respeto como persona y como sacerdote, privadamente y por meil, y sé que estoy, como sucedió ese día, en la boca de muchos que me acusan de varios temas. Por otra parte, como este contencioso es sobradamente público, me atrevo a escribir esta carta no sólo como respuesta a mis denunciantes sino para todos los que busquen tener buena voluntad y quieran leerla. No intento descargar sobre nadie mis decepciones y penas. Si lo hiciera buscaría mi propio interés. Humanamente no me costaría demasiado dejar de asistir al grupo. Añoro, como desahogo, otro tipo de gente más pobre y sencilla, donde se viva y se escuche, como lo hacen los niños, la palabra de gratuidad, que es la única que salva.

En efecto, si no fuera por el Señor, que me prohíbe desertar, ya lo habría abandonado hace tiempo, ya que no me compensa tanta tirantez y tanto sufrimiento. Ahora bien, desde el Señor ahí estoy y nadie me moverá; y seguiré estando hasta que él lo quiera. Creo que Maranatha es un gran pueblo en el que el Señor ha tenido y tiene sus complacencias. Merece la pena luchar en él por Jesucristo, para que no sea desdibujado. Los hombres estamos sujetos a decaimientos y despistes, otras veces nos falta el don de consejo y extraviamos el camino y, en definitiva, somos fácilmente proclives a confundir nuestros caminos con los del Señor. Espero, por tanto, no decir en esta carta ni una sola palabra en mi defensa sino en defensa del Cristo que se me anunció en la Renovación hace más de treinta años.

Creo en la sinceridad de todos los asistentes a la reunión del domingo. A nivel de oratoria me pareció impresionante la actuación de la mayoría,

¹ Uno de febrero de 2009

tanto de un bando como del otro. Yo disfruto con esos detalles y llegué a pensar, en medio de la refriega, que en el parlamento español no existe ese nivel en los oradores. Evidentemente la pasión con la que se habló hizo subir muchos enteros la calidad de la expresión. Pero no sólo disfruté de la oratoria sino de los contenidos. Daba gracias a Dios de que no jugándonos en realidad nada material, no discutiendo por ninguno de los intereses que en el mundo desatan pasiones, se llegara a una confrontación tan ardiente, que a un espectador neutral le podría haber parecido un contencioso de fanáticos.

Es maravilloso pensar el poder que tiene el interior, la vida espiritual. Esa tarde estaba en juego nuestra propia vida espiritual. De ahí la tremenda pasión que en ocasiones se desbordaba hasta en gestos y abucheos inapropiados. Si he de decir verdad yo no vi ni insultos ni falta de caridad. Se habló de manipulación pero a nadie se le llamó manipulador, de mentiras pero a nadie se le llamó mentiroso. El más duro de los enfrentamientos personales terminó con un beso y un perdón. Los que salieron escandalizados y amenazando con no volver al grupo son unos fariseos y juzgadores que se creen buenos y mejores que los demás. Estos tales deben precaverse de sí mismos y pedir al Señor que les revele su pobreza. Les aconsejo también que lean en los Hechos de los Apóstoles las duras discusiones y alborotos que hubo en los comienzos de la Iglesia.

En una de las cartas que he recibido se dice que oran por mí porque he perdido la Gracia (con mayúscula). Piden al Señor que me la devuelva. Están seguros de ello porque, en oración, el Señor les dio la siguiente palabra del salmo 50:

Ten compasión de mí, oh Dios, por tu misericordia...

No retires de mí tu santo Espíritu...

Enseñaré tus caminos a los descarriados...

Un corazón contrito y humillado, tú, oh Dios, no lo desprecias.

Al parecer, el Señor les dio esa palabra para mí, no para ellos. Cuando leí tal mensaje temblaron los cuarenta y nueve años que llevo de sacerdote, como tiembla una hoja amarilla en otoño. ¡Qué esterilidad la mía, Dios mío! Pero no, ni un solo cristiano puede vivir y morir sin la Gracia. Me da igual que sean amigos o enemigos, españoles o extranjeros, estatutarios o libres, me da igual. La gracia es Jesucristo muriendo por cada uno. ¿Quién se atreve a arrebatarse un solo hijo? Perder la Gracia es quedarse sin Espíritu Santo, es

desconectarse de Jesucristo, es volver a las tinieblas. Entre nosotros los carismáticos hay un maravilloso dogma ya cumplido que es el de la comunión de los santos. Digo ya cumplido porque siempre, a través de testimonios e incluso en la diversidad de pareceres, nos comunicamos la santidad recibida gratuitamente de Dios. Esa comunicación es amor. No podemos jugar con la santidad de la gracia para descalificarnos. ¿Cómo le voy yo a sustraer un hijo a Jesucristo, un hijo pagado a precio de sangre? Al contrario, si alguno perdiera la gracia nos pediría Dios cuentas de su sangre por nuestra falta de oración y de entrega.

Yo pienso que un problema tan serio como el que existe actualmente en Maranatha nos ofrece una gran oportunidad, que es la de volver a confiar únicamente en el Señor. Desde nosotros se vio claro el domingo que no hay salida, lo cual no es malo porque nos obliga a poner la vista más allá de nuestras soluciones. El Señor, con frecuencia, pone a los grupos entre la espada y la pared, reivindicando su protagonismo y denunciando el nuestro. En una comunidad del Señor, si le olvidamos a él, surgen de inmediato los enfrentamientos, consentidos y queridos por él para nuestro bien y el de la comunidad. Aunque haya que examinar en serio las causas que producen las divisiones, lo que no es procedente es echarnos las culpas los unos a los otros, porque ya sólo con eso nos descalificamos y no estamos en la verdad. En nuestro caso la única verdad es Jesucristo².

² Después de varios años de sucedidos estos hechos, quiero poner una nota explicativa para las nuevas generaciones que van llegando a Maranatha. Así me lo ha hecho notar alguno de ellos. Primeramente quiero decir que en cuanto al texto prefiero no cambiar nada porque es bueno que permanezca con la misma pasión y frescura del primer día. Ahora ya no existe ese contencioso y tendemos a pensar que no fue para tanto.

En segundo lugar, es bueno caracterizar los contenidos esenciales en pocas palabras. Maranatha tiene un principio identitario que es la gratuidad. La predicación de la gratuidad de la salvación en Cristo Jesús antes de cualquier obra o merecimiento es su seña de identidad más intrínseca. Es la piedra de toque de su vivencia y espiritualidad. No hablamos de teorías: hablamos de experiencias vitales que configuran lo más profundo del corazón del hombre. De ahí la gran pasión con la que se actuó.

La salvación en Cristo Jesús es un kerigma y la predicación que le corresponde es la kerigmática. Pues bien, en los años anteriores a esta reunión definitiva que comento, los equipos de discernimiento o de servidores no sólo descuidaron sino que soslayaron a ojos vistas la predicación kerigmática derivando hacia la catequesis y la formación. Los predicadores de la gratuidad se quedaron sin sitio. El pueblo tardó mucho en darse cuenta de esta deriva. Lo malo es que cuando falta la gratuidad su hueco lo rellenan otras actitudes de las que hablo más tarde (y en las siguientes cartas) que, en definitiva, se resumen en devocionismos y comportamientos cada vez más cercanos al precepto y a la ley. El pueblo no se dio cuenta hasta que se dio y comenzó un fuerte desasosiego que llegó hasta la

En las cinco horas de discusión que tuvimos el susodicho domingo no oí jamás la palabra clave para estas ocasiones: conversión. Nadie la pronunció. Tampoco escuché palabra alguna de autocrítica. Quizás no fuera el momento, dado el apasionamiento, pero hoy sí es el momento. Existe entre nosotros una grave responsabilidad de conversión porque estas cosas no se pueden tratar como si Dios no existiera sino con el convencimiento pleno de que el Señor conoce al dedillo el problema y cada una de las intenciones de nuestros corazones. Maranatha no es un pueblo de cantamañanas sino de personas muy crecidas en la vida espiritual y por eso impacta más el hecho de que se llegue a estas hostilidades, que parecen peleas de adolescentes. Pero no, debemos reconocer que el Señor está en el problema, es más, lo suscita, como tantas veces sucedió en el Antiguo Testamento, para nuestra purificación. Se trata, pues, de un paso del Señor, lo cual ya debería sobrecogernos un poco. ¿A dónde nos quiere llevar el Señor con este paso?

Existen dos tendencias bastante claras. Una de ellas ha ido surgiendo desde hace años y pide una predicación más asidua de la gratuidad y de las grandes expresiones que han constituido desde siempre el eje y la base de la espiritualidad de Maranatha. A este movimiento de reivindicación se van uniendo cada vez más personas porque, según dicen, el espíritu profético se está apagando entre nosotros. Esta gente, a la que no se le puede negar amor e interés por su pueblo, está perdiendo la paciencia y de ahí que se vayan instalando entre ellos una serie de gestos duros y una cierta espiral de violencia. Lo que no se comprende es cómo no se pone remedio a esta situación habiendo como hay predicadores que pueden satisfacer esta demanda.

La otra tendencia -representada por los últimos equipos de discernimiento elegidos por el pueblo- teóricamente y de cara al público parece estar de acuerdo con los deseos de la tendencia anterior. Sin embargo, no se arbitran las medidas que podrían traer la paz tan deseada. Una y otra vez se nombran para predicar personas, dignas de todo elogio por su entrega y obediencia, pero que no tienen el don requerido ni los estudios ni la preparación suficiente para llenar el vacío. Esta predicación catequética

agresividad ya que las fórmulas sacralizadas de los que mandaban nos tenían a todos presos en algo que no queríamos. ¿Se dieron cuenta los dirigentes hacia dónde nos llevaban? Yo creo que no y también creo que no lo hacían con mala intención pero hay sutilezas en las cosas del Espíritu que conviene estar muy al tanto de ellas. Precisamente por eso el choque que hubo fue un choque de fidelidades, sinceras por ambas partes.

no es negada ni se pide que sea eliminada sino que sea simultaneada. Como esta sencilla pretensión no llega, según apreciación de muchos, es inevitable que se agudice la espiral de malestar y se empiece a sospechar que por debajo hay una serie de decisiones y posturas fijas que pueden ser el verdadero *quid* de la cuestión.

Con estos ingredientes ya tenemos servido el cóctel que presenciamos el domingo día 1. La tensión de ese día no brota en unas horas, se lleva incubando años. ¿Qué es lo que puede constituir el fondo más profundo de la disensión? Aparte de celos, envidias y todas las cosas humanas que salpican siempre las relaciones entre los hombres, hay una pregunta fundamental a la que hay que referirse: ¿Existen entre nosotros dos formas teológicamente distintas de ver la Renovación? ¿Estamos al borde de una nueva división? Los próximos meses pueden ser apasionantes en este sentido.

Mi mayor deseo, y eso pido al Señor, es que nos cambie, que nos convierta, que no nos haga pasar por el trago de una nueva división. Sería terrible porque todavía no están del todo curadas las heridas del anterior desencuentro. Ahora bien, el que quiera seguir el camino del Señor hasta el final debe estar preparado para todo. La Renovación carismática es un pueblo profético, que debe recorrer un desierto guiado por la promesa de que un día verá la luz y se cumplirá aquello para lo que fue suscitado. Eso debería ser nuestro máximo anhelo y nuestra más honda súplica: “Señor, que se cumpla en nosotros tu voluntad, que llevemos a cumplimiento nuestra llamada, nuestra vocación, la misión que nos has encomendado”. La tentación, sin embargo, es quedarnos en los oasis del camino; por ahí puede venir la seducción. Algunos ya se han quedado en el oasis de los estatutos, se han hecho una parte de lo que tenían que fermentar y fecundar. Han perdido el sentido profético y se han diluido en la pastoral del moho. Han dejado de ser sal para transformarse en una pieza más del cocido. Siguen evangelizando y, tal vez, se llenen de gente, pero su alegría no será la misma. ¿Cómo se llamará el nuevo oasis si es que tiene que haber división? ¿Cuál será su principio de identidad?

Si eso llega, volverán a resonar en nuestros oídos endechas culpabilizadoras y se nos brindará la cantinela de que el Señor quiere la unidad. Yo digo: ¿qué unidad? Hay un texto en el Evangelio que debería

tener muy presente todo carismático que quiera llegar hasta el fondo de su vocación carismática:

He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera ardiendo! ¡Qué angustiado estoy hasta que sea bautizado con el bautismo con el que tengo que ser bautizado!...

¿Pensáis que he venido a traer paz? No, os lo aseguro, sino división. Porque desde ahora habrá cinco en una casa y estarán divididos: tres contra dos y dos contra tres... (Lc 12, 49-52).

El valor supremo es Cristo, no la unidad a cualquier precio. Este Cristo angustiado que tiene que pasar por un bautismo de fuego. Bautismo viene de la palabra griega *baptismós*, que significa “sumergir”. Es cierto que Cristo suplicaba al Padre por la unidad entre nosotros, pero no cualquier unidad sino la que brota de haber sido sumergidos y fieles hasta el final. No la paz de cualquier oasis por bello que sea. Pues bien, este Cristo es el que a mí me interesa porque es el que ha resucitado y vive para siempre. Este es el Cristo de la palabra que hay que predicar. Pedro Reyero dijo en más de una ocasión: “Maranatha, ¿qué haces con la palabra? La palabra es Jesucristo. Llegarán días en que te falte la palabra”.

En efecto, lo importante en Maranatha, y en toda la Renovación, es ser fieles al Cristo que hemos recibido desde el principio. A mí lo que se me transmitió desde el primer día es que Jesús vive y es el Señor. Este Cristo resucitado fue infundido por el Espíritu Santo en nosotros el día que nos impusieron las manos. Este Cristo resucitado, constituido Espíritu vivificante, es el que nos ha dado vida y hecho las delicias de nuestro corazón. Se nos dio en una comunidad en la que lo percibíamos a través de sus mociones, dones y carismas, potenciados por el testimonio de los demás hermanos. A este inmenso don el pueblo responde con una alabanza y aclamación poderosa. De este modo se articula la vivencia carismática vivida en caridad en un grupo de oración. Esta es la máxima fidelidad a la que debemos aspirar.

¿Cuál puede ser la tarea de un equipo de discernimiento o de servidores en un grupo como este? En primer lugar, velar para que nada ni nadie impida la libertad del Espíritu; en segundo lugar, descubrir los diversos dones y carismas y ponerlos al servicio de la comunidad; en tercer lugar, velar para que no se introduzcan pretensiones y doctrinas individualistas y extrañas y, finalmente, articular la vida de comunidad mediante las reuniones, retiros, ministerios, etc. Este servicio no les otorga a las personas

designadas una autoridad sobre conciencias y contenidos, ni les toca a ellos hacer crecer la vida del grupo sino velar para que el Espíritu Santo lo haga. La autoridad y la iniciativa le pertenecen al Espíritu Santo; de lo contrario, deja de ser un grupo carismático y requerirá de otras formas de cohesión y de liderazgo. Si alguno piensa que esto es un espiritualismo trasnochado e imposible es que no conoce la experiencia en la que bajo estas pautas hemos vivido tantos años. Quizás le conviniera servir al Señor en otros lugares.

Cuando estas funciones se extralimitan, cuando Jesucristo deja de ser el centro, languidecen los carismas, se muere la palabra, no hay experiencias nuevas ni suceden cosas, la vida espiritual toda entera se debilita. El grupo seguirá reuniéndose durante largo tiempo porque somos animales de costumbres pero tendremos que apoyarnos ya en otras cosas para sobrevivir. En vez de buscar a Jesucristo buscaremos el cariño y reconocimiento de los demás, correremos detrás del éxito personal, reivindicaremos nuestros derechos, haremos del grupo una propiedad personal y veremos enemigos por todas partes. En esta tesitura los enfrentamientos serán continuos y pondremos en peligro la existencia del grupo.

Los problemas de Maranatha no son de ahora. Ya hace años que se detecta incomodidad en algunos miembros. Las tensiones han estado ahí y algunos hermanos nos han abandonado sin que la mayoría del pueblo supiese las verdaderas razones. Debemos de enfrentarnos a estas situaciones que se nos están yendo de las manos y pueden romper el grupo en mil pedazos. Con toda la caridad del mundo pero con realismo. En realidad lo único que importa es Jesucristo y la fidelidad a su llamada. No podemos hacernos dueños de la Renovación. Si alguien me presenta algún Jesucristo más acorde con la identidad de la Renovación carismática que el que yo predico, estoy dispuesto a aceptarlo en el acto, porque yo quiero acertar a toda costa. Formular esta identidad carismática no es nada fácil.

Pues bien, yo he detectado en el pueblo y en algunos miembros de los últimos equipos de discernimiento varias deficiencias y desviaciones teológicas contrarias a la identidad del carisma de este pueblo. Vaya por delante que a los hermanos que no han nacido en Maranatha, en situaciones tan extremas, no los considero adecuados para ocupar esos lugares

decisivos³. El grupo de Maranatha, como sucede también en otros, tiene una raíz muy específica y propia de él y ésta hay que mamarla. Me duele mi pueblo de Maranatha pero no hago tragedia. Todo lo que voy a decir, una vez detectado, es fácil de desmentir o de rectificar, porque no creo que haya mala voluntad en nadie. Dicho lo cual paso a señalar esas deficiencias:

- 1) **Pastoreo.** He comprobado que hay una tendencia en el grupo de discernimiento a constituirse como un equipo de pastoreo. Se comportan como directores espirituales. Esto es un signo de devocionismo. Una cosa es compartir y confidenciar y otra el carisma del magisterio ungido. Mucha gente del pueblo, por pura inercia, responde dejándose pastorear. El Apocalipsis 7, 17 dice: *El Cordero los pastoreará y los guiará a las fuentes de agua viva*. En la Iglesia católica los pastores son únicamente los ministros ordenados. El pastorear es parte de la función sacerdotal. Por tanto, si debe de haber algún pastor en Maranatha, tendría que ser sacerdote.

- 2) **Sacralización de la autoridad.** Este es un problema serio y que atenta en directo contra la identidad carismática. Es una forma larvada de introducir estatutos y, además, sagrados, es decir, bendecidos por Dios. La autoridad entre nosotros ni es jurídica ni institucional. Su oficio es detectar y discernir los carismas y ponerlos al servicio de la comunidad. El que lleva el grupo es el Espíritu Santo. Somos un grupo privado de personas que nos reunimos a rezar y somos cohesionados por la unción del Espíritu, no por el ejercicio de autoridad alguna.

- 3) **Obediencia.** Si se sacraliza la autoridad se hace acreedora de una obediencia sagrada. Los bautizados debemos obediencia a los pastores jerárquicos y, si hacemos la profesión religiosa, también a nuestros superiores porque es una obediencia exigida por unas constituciones aprobadas por la Iglesia y aceptada por el que profesa. Pero entre nosotros ¿en qué apoyamos una obediencia de este tipo? Fuera de la obediencia jerárquica nadie puede inmiscuirse en nuestra privacidad. Para obedecer deberíamos hacer algún tipo de promesa o voto libre. Si tú escoges un director espiritual y te comprometes a obedecerle, debes hacerlo, pero entre nosotros no hay promesa de obediencia a ningún equipo director. Ni la hay ni debe haberla porque le restaría protagonismo al Espíritu Santo y a sus carismas. El equipo de

³ Entre los dirigentes había algunos que se habían formado en otros grupos y, por consiguiente, tenían otros esquemas espirituales.

servidores debe dar directrices para regular el orden y el bien común, respetando escrupulosamente la acción carismática del Espíritu dentro de la oración y del grupo.

- 4) **Intervencionismo.** La sacralización de la autoridad y de la obediencia justifica el intervencionismo, que es una de las cosas que más molesta en Maranatha. Para los más mínimos detalles hay que contar con Discernimiento. Interviene en todo y en nombre de la obediencia. Esto lleva a una estructuración inamovible y a una pérdida de libertad interior. He detectado por una parte miedo y por otra servilismo a Discernimiento. Si, además, el temperamento de esas personas es rígido, pues vamos bien servidos.
- 5) **Fideísmo.** Este es un problema no sólo de Maranatha sino de la Renovación entera. El fideísmo es una credulidad infantil e inmadura que hace intervenir a Dios en todo, haciéndole muchas veces cómplice de nuestros disparates. El fideísmo elimina la responsabilidad humana: “Dios me lo ha dicho”; “lo dije después de orar”; “mi voto lo decidió el Señor”. El fideísmo toma el nombre de Dios en vano pecando contra el segundo mandamiento. El fideísmo con respecto a la autoridad se transforma en servilismo y abdica de la propia responsabilidad. Aquí hay reminiscencias del libre examen y de la inspiración privada de los protestantes. El discernimiento debe comenzar siempre por lo natural.
- 6) **Seglarismo.** Antes era el clericalismo, o sea, la actitud de los ministros de meterse en todo y controlarlo todo. Ahora llega el seglarismo, que consiste en soslayar al sacerdote en beneficio de seglares ya maduros y emancipados. Pues bien, ni lo uno ni lo otro. Maranatha representa al pueblo de Dios entero. De lo contrario no sería pueblo sino secta. Esta mentalidad es causante, en parte, de la escasez de sacerdotes en la Renovación.
- 7) **Paternalismo o buenismo.** Es la actitud falsa que presenta buena cara al exterior siendo así que el talante interior es rígido e inflexible. No procede siempre con malicia consciente. La verdad no necesita esconder nada. El buenismo busca la paz exterior en detrimento de la verdad y la fidelidad a lo esencial. Se caracteriza por las buenas formas exteriores unidas a la cerrazón al diálogo o al cambio de manera de

pensar y de actuar. En este caso el servicio religioso se ha hecho ideología práctica.

8) Entreguismo. Este es un defecto de parte del pueblo. Al pueblo le gusta la seguridad, por eso no quiere aventuras, ni siquiera las del Espíritu. En Maranatha este defecto se nota sobre todo en las elecciones. Se descarga la responsabilidad sobre los que están dispuestos a asumirla, sin sopesar bien las circunstancias. Esta indolencia hace que se repitan las mismas personas continuamente, lo cual no es bueno en ninguna circunstancia. Esta falta de compromiso hace que el Señor esté ausente en muchas de nuestras elecciones, como se prueba por los resultados. El pueblo de Maranatha, hablando en general, tiene mucha culpa en la crisis actual.

No quiero seguir señalando actitudes deterioradas. Pero cuando estos datos se acumulan no es extraño que haya descontento y hasta es bueno que lo haya. Que nadie se escandalice farisaicamente de nuestras controversias. Ese tipo de gente farisea sólo busca llevar el agua a su molino sin importarle mucho que el Espíritu sea el centro. Se han hecho ellos a sí mismos centro. Al contrario, estas controversias deben de ser interpretadas como simples crisis de crecimiento en la fidelidad. Lo importante siempre será buscar el protagonismo del Espíritu, que nos lleva a Jesús, y no el de los hombres, que nos separa de él. Es parte del don de Consejo que posee el pueblo el darse cuenta por olfato cuando algo no marcha bien en este sentido. La Renovación es una flor muy delicada y la podemos marchitar con facilidad. El equipo de discernimiento es elegido por el pueblo, ciertamente, pero no debería extrañar a nadie que, en ocasiones, el Discernimiento sea discernido por el mismo pueblo que lo eligió. Si no hay acuerdo entre el pueblo y el equipo pueden suceder dos cosas: o que el equipo ha perdido la legitimidad o que el pueblo no quiera seguir al Señor según la vocación carismática. En ambos casos se entrará en crisis. En un caso la crisis será de fidelidad, en el otro caso de transformación en otra cosa.

Que no venga nadie con el fideísmo de que si se procede así la acción del Señor se relativiza y ya no sabrá uno a qué atenerse. La identidad en la Renovación no se obtiene a través de estructuras o dogmas sino en la vivencia del Espíritu. El problema sería si muriera la vivencia y la unción que la genera. Que no venga nadie diciendo: "A mí me ha elegido el Señor, luego no me moveré". En la Renovación todo está al servicio de la vivencia del Espíritu y, por lo tanto, si tu elección deteriora en algo esta realidad central

del Espíritu, ya no está el Señor en ella. No trasformemos al Señor en un objeto para usarlo a nuestra conveniencia.

Voy a terminar con algo que me duele en el alma pero que no puedo dejar de comentar. El día de Pentecostés, 11 de mayo de 2008, recibí una palabra del Señor para el pueblo de Maranatha. Es una palabra profética de llamada a la conversión. Pues bien, son muy pocos los que se la han creído y han hecho caso de ella. Al contrario, muchos me han dicho que es una rabieta y una revancha infantil. En ella el Señor me prohibía predicar en ese pueblo durante, al menos, un año⁴. Tengo la convicción de que esa palabra si no es creída caerá sobre Maranatha como está sucediendo ya. No sólo no predico yo sino que ya no hay palabra en Maranatha⁵. Se ha eliminado la enseñanza sabe Dios hasta cuando. Es el castigo que Pedro presentía y que Amós tronaba sobre Israel: *Vienen días- dice el Señor- en que yo mandaré hambre a la tierra; no hambre de pan, ni sed de agua sino de oír la palabra de Dios. Entonces vagarán de mar a mar, de norte a levante, en busca de la palabra de Dios y no la encontrarán* (Am 8, 11-12).

Escuché en mi interior, y sigue grabado, lo siguiente:

“Tú, como persona humana, eres débil y criticable por todos los defectos que tienes. Esto se refiere incluso a tu predicación. Ahora bien, a pesar de tu pobreza, yo te he dado un carisma desde el año 1982 con el que vienes predicando desde entonces. Ese carisma, y todos los demás, son sagrados porque yo actúo y estoy presente en ellos. Mi presencia en tu predicación ha sido públicamente infamada en Maranatha y en otros lugares donde actúa gente de Maranatha. No es a ti, es a mí a quien se ha infamado. Te doy una imagen para

⁴ La última predicación la tuve el miércoles 7 de mayo de ese año en la misa del grupo. Fue una homilía duramente criticada por un sector.

⁵ A raíz de la reunión del día 1 de febrero dimitió el equipo de discernimiento y se pidió a la Coordinadora regional que se hiciera cargo de Maranatha hasta que se serenaran las cosas y pudiera llegarse a unas nuevas elecciones. La primera decisión de esa Coordinadora fue la supresión de la enseñanza en la oración de los miércoles ya que ahí estaba la manzana y raíz de la discordia. De hecho el miércoles 11 de febrero, como consta en mis apuntes, en Maranatha ya no hubo predicación aunque sí una gran alabanza. Lo que si hubo fue un Seminario de conversión, impartido los miércoles, por una persona ajena al grupo y que terminó el miércoles 24 de junio con una efusión del Espíritu que recibió el grupo en varias tandas. Hasta diciembre que hubo nuevas elecciones sólo predicaron esporádicamente algunos miembros de la Coordinadora, aparte de las eucaristías.

que lo veas claro. Un sagrario profanado y las hostias por el suelo pisoteadas. Por lo tanto, al menos durante un año, te prohíbo que prediques y celebres Misa en esos lugares, en espera de un cambio de actitud. Sin embargo, suceda lo que suceda, no te es lícito desertar de ese pueblo. Debes estar allí, siempre que puedas, en silencio”.

La predicación es el centro y quicio de este conflicto. Pido y deseo que todo lo que nos está sucediendo en Maranatha nos sirva para aumentar nuestro respeto por la palabra de Dios y por todos los demás carismas y, a la vez, para un gran crecimiento en el santo temor de Dios. Los dones del cielo no se nos dan para que engordemos nosotros con ellos sino para que crezcan ellos en nosotros. Somos un pueblo elegido, muy especial. Mientras a otros sólo se les concede acercarse a Dios con mediaciones como puede ser la entrega a los pobres, el servicio litúrgico o el compromiso con el mundo, a nosotros se nos ha dado poder disfrutar en vivo y en directo de la unción del Espíritu Santo, máximo signo de su presencia. Esto sólo lo conservaremos si aceptamos que el único que actúa, el único que pastorea, el único que preside nuestras reuniones es Jesús, vivo y resucitado, que se nos comunica mediante los carismas de su Santo Espíritu.

Chus Villarroel

Febrero 2009